

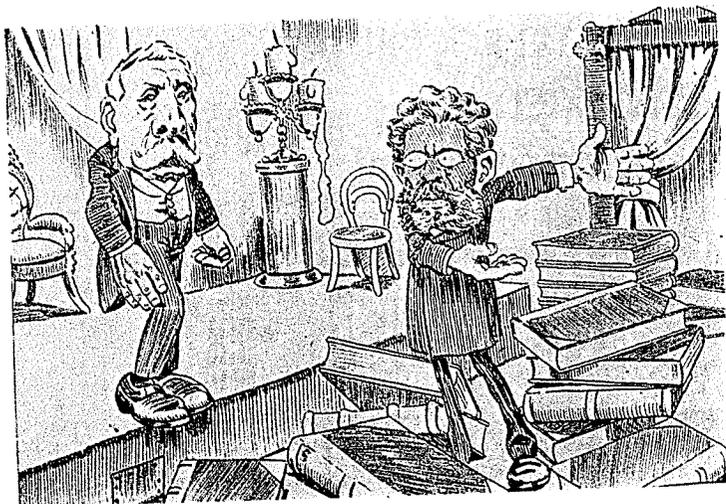
# El sistema social del México contemporáneo

por Lorenzo Meyer



El paso del México rural al urbano se puede apreciar fácilmente si se compara el crecimiento de la Ciudad de México de 1940 a 1970. Esta fotografía aérea de la zona metropolitana del Distrito Federal señala la transformación que da paso a la aparición de un México moderno e industrial.

La llamada "Paz Porfiriana", lograda con la consolidación del poder político en manos de Díaz, permitió el desarrollo de México durante treinta años. Aquí al lado, caricatura a Díaz meditando su sexta reelección.



## Introducción

Para comprender la naturaleza del marco social dentro del cual se desarrolló México entre 1940.—momento en que se da por concluida la etapa más intensa de las reformas ocasionadas por la Revolución de 1910— y 1970, conviene remontarse brevemente al pasado inmediato. El estudio de Andrés Molina Enríquez sobre la estructura social de México, publicado en 1909, constituye una obra clásica al respecto. Durante 300 años la sociedad colonial mexicana había girado alrededor de dos grandes clases: por un lado, la inmensa mayoría indígena, carente, en buena medida, de propiedades y, por el otro, el pequeño grupo español que controlaba al gobierno, la Iglesia y las actividades económicas centrales —agricultura, minería y comercio—.

En medio de estos dos grandes actores se encontraron los grupos criollos y mestizos, cuya función siempre estuvo mal definida. Con el paso del tiempo —y precisamente por su marginalidad—, criollos y mestizos se convirtieron en un elemento político desestabilizador y terminaron por acaudillar las luchas de independencia en sus varias etapas. La turbulencia política y social que siguió a la lucha independentista de la segunda década del siglo XIX sólo concluyó medio siglo más tarde, cuando el general Porfirio Díaz lo-

gró consolidar en sus manos el poder político suficiente para permitir la existencia de un gobierno central relativamente efectivo y reiniciar el proceso de desarrollo, detenido en 1810, y continuarlo aceleradamente por espacio de tres décadas más.

En 1910 la *Pax Porfiriana* había dado paso al establecimiento de una estructura social algo diferente de la colonial. La base de la pirámide de clases sociales seguía siendo el grupo indígena, pero este sector presentaba ya una mayor diferenciación interna, pues dentro de él se encontraban desde el jornalero sin tierra hasta miembros del bajo clero. Sin embargo, el cambio no fue notable. Las mayores modificaciones se produjeron en realidad, en los peldaños superiores. El primero de éstos lo constituía el formado por los mestizos. Tras las prolongadas luchas de conservadores y liberales, este grupo había logrado que parte de sus miembros llegaran a ocupar posiciones de mando en el ejército y en la administración; además, y como en el pasado, de sus filas siguieron saliendo obreros y empleados, más artesanos y rancheros. Los criollos, menos numerosos, ocuparon la siguiente sección de la pirámide; en ella se encontraban los detentadores de las grandes fortunas, los altos prelados de la Iglesia y los dirigentes políticos que habían ascendido con el triunfo de la independencia primero y de la facción liberal después. Este

estrato parecía constituir la cúspide de la pirámide, ya que, tras la rotura de relaciones con la metrópoli española y el fracaso posterior de la aventura colonial francesa, el grupo criollo se constituyó en gran medida en el dirigente formal de los destinos del país.

Molina Enríquez no se dejó engañar por las apariencias. La política de desarrollo económico propiciada por el porfirato había unido íntimamente a México con los países más industrializados, permitiendo el establecimiento de una nueva presencia externa a nivel de la dirección económica del país; no se trataba en este caso de una dirección formal, como había sucedido en el pasado, pero ésta era casi tan real como aquélla. De ahí que, coronando la pirámide social mexicana, al despuntar el siglo XX se encontrara, no un grupo nacional, sino de extranjeros, siendo los norteamericanos el elemento más importante.

El análisis de la estructura social descrita por Molina Enríquez estaba basado más en el poder y en el prestigio que en la propiedad; sin embargo, dentro de su esquema, poder y estatus social se daban la mano con el poder económico. Sobre la explotación de los recursos naturales y de los indígenas, comuneros, jornaleros y obreros, descansaba la posición de todos los estratos sociales superiores. Entre ellos, a su vez, había también una relación de subordinación y explotación, pero no era tan unilateral como la existente entre los grandes conglomerados indígenas y proletarios y el resto de la sociedad. Para Molina Enríquez el pecado mayor de la estructura social mexicana, al principio del presente siglo, no era tanto la explotación misma, tan descarnada, sino la casi inexistencia de una clase media que sirviera de puente y amortiguador en la relación entre los sectores más altos y más bajos. Mientras la gran hacienda continuara siendo la institución económica central de la sociedad mexicana —opinaba Molina Enríquez— este desequilibrio persistiría: "Por ahora, nuestro cuerpo social es un cuerpo desproporcionado y contrahecho; del tórax hacia arriba es un gigante, del tórax hacia abajo es un niño".

La tenencia de la tierra, en una sociedad básicamente agrícola como la mexicana de principios del siglo XX, dió la tónica de su estructura social. Lo que Molina Enríquez analizó de manera más bien cualitativa, José Iturrriaga lo puso en cifras, encontrando que la concentración de la tierra en México había dado por resultado que, al iniciarse el presente siglo, las clases altas abarcaran

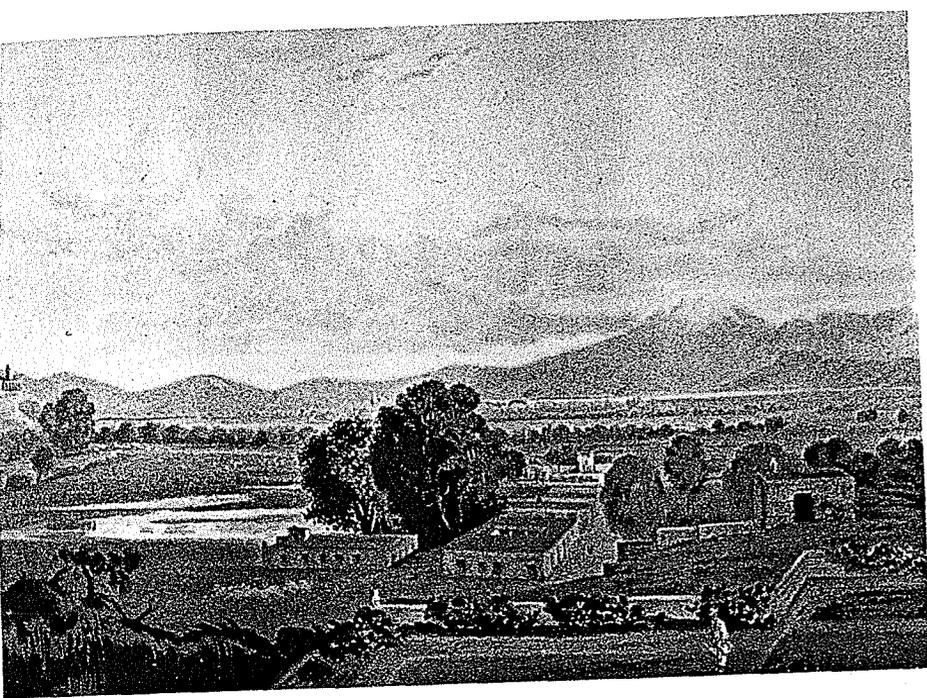


La Revolución Mexicana de 1910 fue un proceso social que trajo una etapa de intensas reformas que dieron lugar al México de 1940. Aquí al lado, A. Molina Enríquez, precursor de la Revolución.

apenas el 1,5 % de la población, las medias el 8 % y los estratos bajos el 90,5 %. Arturo González Cosío aportó cifras similares, aunque disminuyendo a 0,6 % la proporción de las clases altas y manteniendo casi intacta la correspondiente a la clase media y baja. Estos porcentajes se corresponden con otro indicador: la concentración de la propiedad territorial. Al iniciarse la Revolución el 1 % de los propietarios rurales controlaban el 97 % de la tierra cultivable, mientras que en el otro extremo del espectro social se encontraron más del 90 % de los jefes de familia dedicados a actividades rurales y carentes de toda propiedad. La tremenda disparidad social en el campo en ese momento se revela en otras cifras; según Iturrriaga, mientras la clase media representaba alrededor del 23 % de la población urbana, era únicamente el 2 % en las zonas rurales, y era aquí en donde se encontraba la mayor parte de la población, ya que en ese momento el 70 % de la fuerza de trabajo se dedicaba directamente a actividades agropecuarias.

## La Revolución y los primeros cambios (1910-1940)

A diferencia de las otras revoluciones del presente siglo, la mexicana fue relativamente lenta para modificar las estructuras sociales en que se incubó y al final lo hizo sólo parcialmente. En 1920 la Revolución había derrota-



Hacienda de la etapa porfiriana. Hasta 1911, la hacienda fue la institución económica y social de mayor arraigo en México. Su desaparición marca el nacimiento de una nueva estructura social.

do militarmente a sus enemigos y dirimido sus más graves conflictos internos. En 1914 el antiguo ejército federal había sido disuelto y, poco más tarde, fueron eliminadas dos de las tres corrientes que se disputaban la dirección del movimiento victorioso: las encabezadas por Villa en el norte y por Zapata en el sur. En 1918 Venustiano Carranza era ya el líder indiscutible del movimiento. Tras la breve lucha que siguió a la promulgación del plan de Agua Prieta, proclamado en abril de 1920 por las autoridades del estado de Sonora desconociendo al presidente Venustiano Carranza, las fuerzas anticarrancistas de todo el país se unieron y derrotaron militarmente a su opositor. Este triunfo dejó en el poder a la llamada dinastía sonorensa. Esta estuvo compuesta por los presidentes originarios de Sonora, que directa o indirectamente gobernaron el país de mediados de 1920 a mediados de 1935. Fueron: Adolfo de la Huerta, Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

Las victorias políticas y militares del carrancismo casi en nada habían modificado el

panorama social. En 1920 sólo 77.000 jefes de familia campesinos habían recibido los beneficios de la reforma agraria; se habían repartido 381.926 has. en total. Si únicamente había habido un cambio en la naturaleza del liderazgo político, la deformidad del cuerpo social mexicano, señalada por Molina Enriquez, persistía; sólo la clase dirigente nativa había cambiado, ya que los puestos directivos —políticos, administrativos o militares— habían quedado en manos de miembros de las clases medias marginadas durante el porfiriato e incluso de otros que procedían de capas más bajas; en 1920 la antigua élite se encontraba en el exilio, pero los hacendados y empresarios extranjeros mantenían su posición privilegiada.

El régimen cardenista (1934-1940) cambió este panorama de manera drástica consolidando la propiedad ejidal. El ejido es una parcela que se otorga a un campesino sin tierra para que la explote individual o colectivamente, pero cuya propiedad última queda siempre en la nación. Los ejidos originales se

formaron con tierras expropiadas a los medianos y grandes terratenientes o con terrenos nacionales. Hasta ese momento no se había pretendido darle al ejido un papel central en la nueva estructura agraria, más bien se pensaba limitar el acaparamiento de tierras ociosas o mal explotadas por parte de la gran hacienda alentando el crecimiento de los pequeños propietarios; se deseaba simplemente fortalecer a la casi ausente clase media rural. Por ello hasta 1934 se habían repartido únicamente 7,5 millones de has. y se discutía ya seriamente la posibilidad de dar por concluido el reparto. La alianza política entre Cárdenas y las organizaciones agrarias para desalojar a Calles de su posición preeminente llevó a un cambio radical de política; entre 1935 y 1940 se repartieron más de 20 millones de has. que beneficiaron a 771.000 jefes de familia, y lo que es aún más importante, estas tierras fueron de una calidad superior a las del pasado, ya que se trataba en su mayor parte de propiedades que estaban siendo trabajadas por la hacienda. Para 1940 los ejidos poseían el 47,4 % de todas las tierras de labor y el 57,3 % de las zonas de regadío. En ese año los ejidatarios contribuyeron con el 50,5 % de la producción agrícola. La gran hacienda había pasado, por fin, a la historia y con ella desapareció una de las instituciones económicas y sociales más importantes de México.

Si bien en 1910 los extranjeros se encontraban en la cúspide de la pirámide social, esa posición empezó a ser puesta en entredicho con la constitución de 1917; en 1940 habían perdido ya su primacía. La hostilidad sistemática que contra los extranjeros se había desarrollado a lo largo del proceso revolucionario, junto con la suspensión del pago de la deuda externa, hizo que a partir de 1913 disminuyera la corriente de capital externo. Esta situación, aunada a la expropiación de los ferrocarriles y del petróleo durante el régimen cardenista, llevó a que la inversión extranjera directa en México pasara de 1.451 millones de dólares en 1911 a únicamente 411 en 1940. En ese año más del 80 % de la inversión nacional bruta se hizo con recursos internos, situación que contrastó notablemente con la prevaleciente al finalizar el porfiriato, cuando el capital nacional sólo cubrió alrededor del 50 % del total.

Un fenómeno de importancia decisiva en la formación del sistema social posrevolucionario fue el crecimiento de los centros urbanos. En 1910 el 11,7 % de la población mexicana estaba registrada como urbana y en

Cambios en la estructura de las clases sociales entre 1895 y 1940

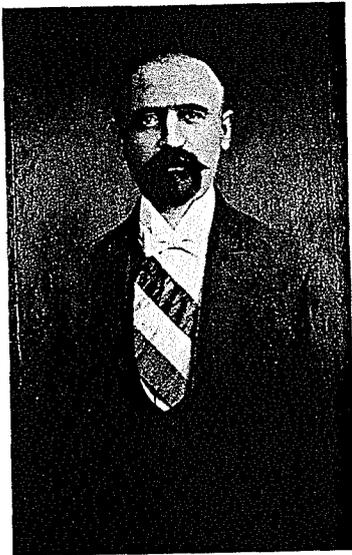
Clase social	1895		1940		Cambio proporcional
	Cantidad	Porcentaje	Cantidad	Porcentaje	
<b>Población total</b>	<b>12.698.330</b>	<b>100,00</b>	<b>19.653.552</b>	<b>100,00</b>	
Superior	183.006	1,44	205.572	1,05	- 27,1
Urbana	49.542	0,39	110.868	0,57	+ 46,2
Rural	133.464	1,05	94.704	0,48	- 54,3
Media	989.783	7,78	3.118.958	15,87	+ 104,0
Urbana	776.439	6,12	2.382.464	12,12	+ 98,0
Rural	213.344	1,66	736.494	3,75	+ 125,9
Baja	11.525.541	90,78	16.329.022	83,08	- 8,5
Urbana	1.799.898	14,17	4.403.337	22,40	+ 58,1
Rural	9.725.643	76,61	11.925.685	60,68	- 20,8

1940 el porcentaje fue del 20 %. Casi el 8 % de los habitantes estaban radicados en la Ciudad de México. Aunque en 1940 poco más de la mitad de la población económicamente activa seguía estando dedicada a actividades agrícolas, su importancia como productora había disminuido. Según las cifras del producto nacional bruto (PNB), las actividades primarias habían perdido importancia relativa en el total, pasando del 29 % en 1921 al 24 % en 1940; el sector industrial y el de servicios, actividades muy relacionadas con la vida urbana, cubrieron esa diferencia del 5 %.



La Ley del 6 de enero de 1915, publicada en el periódico "El Constitucionalista", marcó jurídicamente el momento de la transformación del México rural para dar paso a una nueva estructura socio-económica.

La revolución iniciada por Madero, a diferencia de otras revoluciones modernas, fue relativamente lenta para modificar las estructuras sociales en que se incubó.



Este cambio en la estructura económica y demográfica de la sociedad mexicana fue seguido por otros; por ejemplo, en 1910 únicamente el 25 % de la población mayor de seis años estaba alfabetizada; después de los esfuerzos gubernamentales en el espacio de tres décadas el porcentaje pasó a 43,5 %. Las oportunidades de educación superior también aumentaron, aunque no en la misma proporción; en 1930 la Universidad Nacional contaba con una población de 10.000 alumnos; en 1940 eran ya 17.000, es decir, mientras la población total aumentó en un 18,7 %, la población universitaria lo hizo en un 70 %. Se pueden presentar otros indicadores semejantes en relación a la salubridad, promedio de vida, etc., pero éstos bastan para dar una idea de las variaciones en la estructura social durante el período de la Revolución.

Se puede recurrir a Iturrriaga otra vez para sintetizar, de acuerdo con sus cifras, la situación de las clases al final del cardenismo. La clase alta no había variado mucho en términos cuantitativos, aunque sí en términos políticos, pues a la élite porfirista le había seguido una nueva, igualmente reducida, formada por algunos miembros prominentes de los antiguos ejércitos revolucionarios, que se habían convertido no sólo en líderes políti-

Relación de solicitudes de tierras ejidales por períodos presidenciales

Período presidencial	Solicitudes	Resolución presidencial	Posesión definitiva
Venustiano Carranza (1915-1920)	4	1	1
Alvaro Obregón (1920-1924)	3	3	1
P. Elías Calles (1924-1928)	4	1	3
Emilio Portes Gil (1928-1930)	11	1	—
Pascual Ortiz Rubio (1930-1932)	4	1	1
Abelardo L. Rodríguez (1932-1934)	—	1	2
Lázaro Cárdenas (1934-1940)	42	55	51
Manuel Avila Camacho (1940-1946)	4	4	4
Miguel Alemán (1946-1952)	—	3	4
Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958)	—	—	—
Adolfo López Mateos (1958-1964)	—	—	—

Fuente: D.A.A.C.

cos, sino también en empresarios. En el caso de la clase media la situación fue diferente, entre 1910 y 1940 su proporción se había duplicado (del 7,8 % pasó a 15,9 %); en consecuencia, los sectores populares se redujeron, pasando del 91 % en 1910 al 83 % en 1940. Muy posiblemente el nivel de vida de este amplio sector popular en 1940 era, en

Dotación de tierras a ejidos por períodos presidenciales

Presidente	Hectáreas	Período
Venustiano Carranza	224.393	1915 - 1920
Adolfo de la Huerta	157.532	1920 - 1921
Alvaro Obregón	1.677.067	1921 - 1925
P. Elías Calles	3.195.028	1925 - 1929
Emilio Portes Gil	2.065.847	1929 - 1930
Pascual Ortiz Rubio	1.203.737	1930 - 1933
Abelardo Rodríguez	2.094.637	1933 - 1935
Lázaro Cárdenas	20.072.957	1935 - 1941
M. Avila Camacho	5.327.942	1941 - 1947
Miguel Alemán	4.057.993	1947 - 1953
A. Ruiz Cortines	3.664.379	1953 - 1959
A. López Mateos	7.953.476	1959 - 1964
G. Díaz Ordaz	24.491.000	1965 - 1970
<b>TOTAL</b>	<b>76.185.988</b>	

Fuente: FLORES, E., *Tratado de economía agrícola*. Navarrete, Ifigenio: *Bienestar Campesino y desarrollo económico*.

términos generales, superior al que disfrutaba a principios de siglo, aunque no mucho; la pobreza seguía siendo el signo característico del campo mexicano y éste era el hogar de la mayor parte de la población del país. Abundando en el tema, Cline señala que en 1940 alrededor del 30 % de la población vivía en unas condiciones de pobreza extrema, mientras el 48 %, aunque en condiciones precarias, tenía ya un mínimo de confort, aportado por la Revolución.

## La estructura social contemporánea: sus bases político-económicas

Los procesos que han marcado la estructura social que se formó en México a partir de 1940 no se pueden comprender de manera adecuada sin considerar el tipo de sistema político en el que tuvieron lugar, así como la estructura de la economía, que condicionó en mucho el tipo de sistema ocupacional y los niveles de remuneración.

En 1940 el sistema político surgido de la Revolución se había consolidado e institucionalizado. Entre sus características centrales destacó la desaparición del sistema multipartidista, para dar paso a un partido dominante: el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), sucesor del Partido Nacional Revolucionario, instrumento que permitió una mínima disciplina interna en la acción de la familia revolucionaria. El PNR y su sucesor,

Superficie media de labor por ejidatario (1940-1950) en México

Superficie de labor por ejidatario	1940		1950	
	Número de ejidatarios	Porcentaje del total	Número de ejidatarios	Porcentaje del total
Sin superficie de labor	14.688	1,20	10.976	0,80
De menos de 1 ha	110.344	9,02	101.993	7,39
De 1 a 4 ha	421.452	34,47	467.873	33,95
De 4 a 10 ha	527.639	43,15	580.891	42,14
De más de 10 ha	148.736	12,16	216.643	15,72
<b>TOTAL</b>	<b>1.222.859</b>	<b>100,00</b>	<b>1.378.376</b>	<b>100,00</b>

Fuente: Dirección General de Estadísticas y P.R.A., *El pueblo y su tierra*.

el PRI, constituyeron un elemento indispensable para permitir la transmisión pacífica del poder, tanto a nivel nacional como a local, entre los miembros del grupo en el poder. Cuando el PNR, nacido en 1929, se convirtió en 1938 en el PRM, reforzó su naturaleza de órgano de control; el partido acató definitivamente las directivas del presidente, abandonando toda pretensión de autonomía y estructurándose en sectores funcionales; incorporó junto con el ejército (que un par de años más tarde dejaría de ser un elemento del partido) a los grupos campesinos organizados, es decir, a los beneficiados por la reforma agraria y encuadrados en la Confederación Nacional Campesina (CNC), a los obreros sindicalizados en la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM), a los principales sindicatos independientes y a los burócratas (sector popular); con el paso del tiempo este último sector abarcaría una amplia gama de

Distribución de la tierra a partir del decreto de Carranza de 1915

Presidente	Final de su mandato	Número aproximado de meses	Total de hectáreas distribuido	Promedio mensual	Total como porcentaje de la superficie de México	Total acumulativo	Porcentaje de la superficie de México
Carranza	21-V-1920	66,5	167.936	2.525	0,1	167.936	0,1
De la Huerta	30-XI-1920	6,0	33.696	5.616	—	201.632	0,1
Obregón	30-XI-1924	48,0	1.100.117	22.919	0,6	1.301.749	0,7
Calles	30-XI-1928	48,0	2.972.876	61.935	1,5	4.274.625	2,2
Portes Gil	4-II-1930	14,1	1.707.750	121.117	0,9	5.982.275	3,0
Ortiz Rubio	3-IX-1932	30,8	944.538	30.667	0,5	6.926.913	3,5
Rodríguez	20-XI-1934	27,0	790.694	29.285	0,4	7.717.607	3,9
Cárdenas	29-XI-1940	72,0	17.906.429	248.700	9,1	25.624.036	13,0
Avila Camacho	30-XI-1946	72,0	5.944.449	82.562	3,0	31.568.485	16,1
Alemán	30-XI-1952	72,0	4.844.123	67.279	2,5	36.412.608	18,5
Ruiz Cortines	30-XI-1958	72,0	4.936.668	68.565	2,5	41.349.276	21,0
López Mateos	30-XI-1964	72,0	11.361.370	157.797	5,8	52.710.646	26,8

Fuente: James W. Wible, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910*. Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1967, p. 188, revisado para la segunda edición.

organizaciones de clase media. De esta manera quedaron integrados actores políticos que el porfirato había marginado.

Los recién llegados lograron ciertos beneficios a expensas de las antiguas clases dominantes, pero la nueva élite política muy pronto estableció límites a su capacidad de acción independiente. El PRM y su sucesor, el PRI, se constituyeron en estructuras autoritarias, relativamente eficientes para llevar a cabo las campañas electorales y controlar parte de las demandas de las bases.

La concentración de poder político se convirtió en uno de los rasgos más notables del sistema posrevolucionario. Los actores importantes que no quedaron encuadrados dentro del partido no fueron olvidados. La Iglesia perdió mucha fuerza a raíz del conflicto cristero de los años veinte y no volvió a poner en duda la legitimidad y supremacía del Estado, pero durante el gobierno de Avila Camacho se reconcilió definitivamente con el

La Gran Empresa privada, que tuvo a su cargo el desarrollo de un nuevo modelo económico, tuvo todo género de facilidades; sin embargo, se la encuadró en organizaciones nacionales como la COPARMEX. Aquí abajo, edificio que alberga dicha institución.



nuevo poder político; la gran empresa privada, que tuvo a su cargo el desarrollo de un nuevo modelo económico, vio facilitada su tarea con todo género de ayudas políticas, fiscales y crediticias, pero se le encuadró en organizaciones nacionales —CONCAMIN, CONCANACO, CNIT, COPARMEX y otras—, que de alguna manera quedaron abiertas a las sugerencias y presiones de la élite política, pues el Estado, al menos en principio, dispuso de gran número de instrumentos para controlar la actividad empresarial a través de su política económica.

El sistema de administración federal no funcionó según la teoría ortodoxa, ya que a los estados se les dejaron muy pocos recursos propios; en última instancia, el jefe del poder ejecutivo federal nunca encontró difícil destituir a aquellos gobernadores que entorpecieron su política general. Esto lleva a subrayar otra peculiaridad del sistema político, que redondeó el proceso de centralización: la división de los poderes federales no llegó a ser una realidad en este período.

Desde los años treinta, el Congreso fue subordinado a las disposiciones del presidente de la República; todas las iniciativas importantes de ley partieron de él y nunca se dio el caso de que alguna de ellas encontrara una oposición significativa, dado el dominio del PRI sobre las cámaras. El poder judicial se encontró en situación muy similar; sus mayores gestos de independencia respecto al presidente se refirieron a la protección de la propiedad de grupos o personas, en contra de actos del poder ejecutivo; expropiaciones, por ejemplo. Esta política resultó ser funcional para el sistema, pues permitió dar una solución adecuada —es decir, anular una medida sin poner en entredicho la actuación presidencial— a conflictos entre la administración e intereses particulares con cierta capacidad de presión económica.

Los líderes de todas las fuerzas políticas, organizadas dentro y fuera del partido dominante, mantuvieron su posición, más por haber contado con la anuencia del presidente que por la fuerza que les dio la designación hecha en su favor por los miembros de base de sus organizaciones. Este fenómeno se dio tanto en el caso de los líderes campesinos como en el de los obreros o en el de los representantes de la iniciativa privada, aunque existieron diferencias de grado, pues cuanto más importante fuera el grupo como actor político, mayor la libertad de negociación de sus líderes con el poder central.

El sistema político mexicano mantuvo su carácter pluralista y, por tanto, permitió la existencia de una oposición legal al régimen surgido de la Revolución. Un grupo importante de esta oposición no puso en duda las reglas del juego imperantes y formó parte integral del círculo oficial. Los partidos políticos registrados oficialmente —PAN, PPS, PARM y, por un tiempo, el PNM— no siguieron una línea intransigente frente al régimen y, en todo caso, constituyeron una oposición legal, cuya fuerza electoral fue precaria. Aquellos que pretendieron una mayor independencia en su actuación política se vieron imposibilitados en la práctica de funcionar normalmente, porque el aparato gubernamental se lo impidió por los diferentes medios a su alcance.

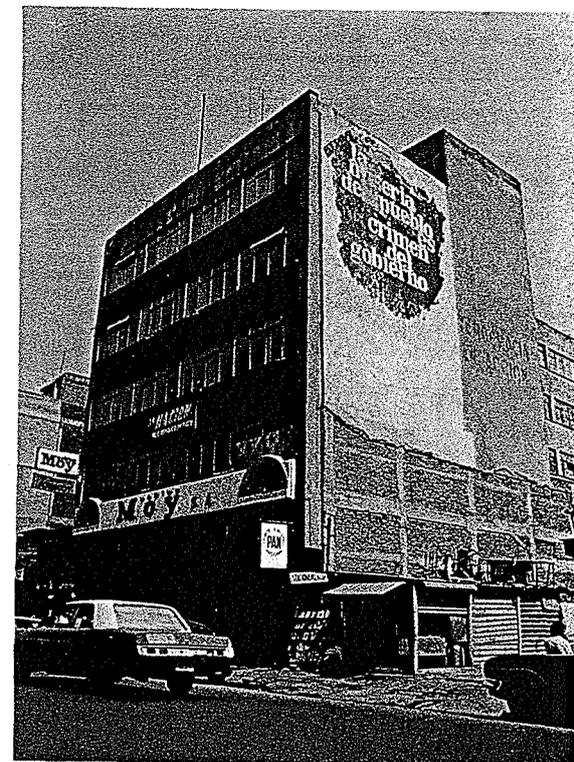
La represión no fue la única forma de controlar a la oposición —quizá ni siquiera la más importante—, sino que también entró en juego la extraordinaria capacidad de la “familia revolucionaria” para incorporar a aquellos elementos que potencialmente podían llegar a constituir una contraélite, que movilizara a los sectores medios descontentos y, lo que era más peligroso, a las grandes masas marginales.

Para concluir esta visión esquemática de la vida política del México contemporáneo debe advertirse que desde 1940 hasta el presente las principales decisiones que moldearon el sistema económico y social mexicano tuvieron su origen en el Estado; los grupos organizados, ya fuesen empresarios, obreros o campesinos, rara vez tomaron la iniciativa. Con frecuencia, entre la formulación de las directrices políticas iniciales y su puesta en práctica, estos grupos mostraron su fuerza y llegaron a modificar las líneas generales de la iniciativa gubernamental e, incluso, a vetarlas.

El lugar más o menos estratégico que ocupara un grupo determinaba su mayor o menor capacidad para modificar la política oficial; sin duda, los grupos empresariales fueron convirtiéndose en los más aptos para influir sobre la política gubernamental que les atañía.

## Economía y sociedad

Si la naturaleza del sistema político constituye una variable que puede explicar en buena medida el desarrollo y evolución del sistema social —la esencia misma de la política es diseñar la forma legítima en que se



debe efectuar la distribución de los diversos recursos escasos de que dispone una sociedad—, otra variable igualmente importante es el sistema productivo, que hace posible la existencia de esos escasos recursos. Los rasgos centrales del sistema económico mexicano posterior a 1940 que interesan desde un punto de vista social son citados seguidamente. En primer lugar, la decisión expresa de modificar la naturaleza de los sectores modernos y dinámicos de la estructura económica. A raíz de las demandas originadas por la segunda Guerra Mundial se inició en México un proceso de sustitución de los productos importados por los de producción interna: en 1950 los sectores económicos de la minería y petróleo no eran ya los más dinámicos; esta característica había pasado ya a la industria de la transformación; la indus-

El P.A.N. es uno de los partidos políticos registrados oficialmente. Aquí al lado, edificio del partido.

Población, a partir de los 12 años, económicamente activa en 1969, por rama de actividad

Rama de actividad	Porcentaje	Población económicamente activa	Hombres	Mujeres
Agricultura, ganadería, silvicultura, pesca, caza	39,50	5.131.668	4.863.116	268.552
Industria del petróleo	0,65	85.108	77.158	7.950
Industrias extractivas	0,73	95.212	89.607	5.605
Industrias de transformación	16,73	2.173.491	1.724.382	449.109
Construcción	4,40	571.485	553.684	17.801
Energía eléctrica	0,41	53.353	48.637	4.716
Comercio	9,22	1.198.167	863.715	334.452
Transportes	2,84	359.096	351.663	17.443
Servicios	16,62	2.159.965	1.101.311	1.058.654
Gobierno	3,13	407.177	338.239	68.938
Insuficientemente aclarado	5,77	749.670	510.375	239.295
<b>TOTAL</b>	<b>100,00</b>	<b>12.994.392</b>	<b>10.521.887</b>	<b>2.472.505</b>

Fuente: Censos de 1970.



trialización fue la nota dominante en los cambios que experimentó la sociedad mexicana a partir de 1940.

El crecimiento del producto nacional bruto, desde entonces y hasta 1970, fue en promedio del 6 % anual. El capital necesario para este proceso se obtuvo a través de la exportación ya no de petróleo y minerales, sino de productos agrícolas destinados principalmente a Estados Unidos. Entre 1940 y 1950, la producción del sector agrícola creció a un ritmo del 5,5 % anual, tasa superior al crecimiento de la población, lo que facilitó la existencia de un excedente de exportación; este ritmo de crecimiento, sin embargo, no fue sostenido, sino que fue disminuyendo y bajó al 4,3 % en la década siguiente y al 4 % entre 1960 y 1970, con lo cual empezaron a surgir serios problemas en la balanza de pagos.

Al ahorro interno destinado a la industrialización se le sumó el capital proveniente del exterior; la inversión externa directa pasó de poco más de 400 millones de dólares, en 1940, a 3.000 millones, en 1970; a esto se añadieron importantes empréstitos externos al gobierno, que equivalieron a otros 3.000 millones de dólares, y la corriente de divisas proveniente del turismo, de aproximadamente 1.000 millones de dólares en 1970. La industrialización se alimentó de estos recursos, de las altas barreras proteccionistas y de la política fiscal, todo lo cual favoreció una rápida acumulación de capital. En 1970 el valor de las manufacturas suponía una cuarta parte del valor del PNB; el comercio otro tanto; en cambio, la agricultura y la ganadería constituían apenas un 17 % del citado producto nacional bruto.

El proceso de industrialización se dio dentro de un contexto de concentración acelerada de recursos. En 1965 existían en México 136.000 establecimientos clasificados como industriales, pero el 77 % de los recursos de que disponía este grupo se encontraban bajo el control de únicamente el 1,5 % de las empresas. Las 407 empresas mayores, o sea el 0,3 % del total, disponían del 46 % del capital total. Este mismo fenómeno se repitió en el sector financiero, comercial y agrícola. En 1960 el 0,5 % de los establecimientos comerciales disponían del 47 % de los recursos con que contaba ese sector y el 1 % de los predios agrícolas mayores no ejidales contaban con el 47 % de la superficie cultivable de carácter privado. Dos grupos financieros controlaban la mayor parte del sistema bancario

privado, cuyos recursos crecieron a una tasa más alta que la economía en su conjunto. En 1970 existía en México una gran burguesía, que en 1940 apenas se esbozaba; su base principal era la banca, la industria, el comercio y en menor escala la tierra.

El proceso de industrialización estuvo ligado a otro fenómeno, que tuvo también repercusiones sociales de consideración: la urbanización. Este proceso ya era notable antes de 1940, pero se aceleró a partir de entonces. En la década de los años sesenta la población rural creció a un ritmo del 1,6 % anual; en cambio, la urbana se vio incrementada en un 5,4 %. De ahí que en 1970 el 45 % de la población mexicana se encontrara viviendo ya en comunidades de 15.000 o más habitantes, es decir, en las tres décadas posteriores a 1940 México pasó de ser un país eminentemente rural a un país en vías de ser preponderantemente urbano. Dentro de este proceso de transformación el crecimiento de la Ciudad de México fue sencillamente espectacular: en 1970 daba albergue al 17 % de la población total, o sea, a ocho millones de personas.

Industrialización y urbanización se dieron cita dentro de un contexto de creciente aumento en el ritmo de la expansión demográfica. La tasa de crecimiento medio anual de la población fue del 2,7 % entre 1940 y 1950, habiendo sido de sólo el 1,7 % la década anterior; esta tasa pasó a ser del orden del 3,1 % entre 1950 y 1960 y del 3,4 % en los diez años siguientes. En 1940 México tenía 19,65 millones de habitantes y treinta años después el total era de 48,31 millones, producto de una de las tasas de crecimiento demográfico más altas del mundo.

## La estratificación social contemporánea

El sistema social posrevolucionario tomó forma dentro del contexto de un sistema político de pluralismo limitado, con un sistema económico dirigido a la expansión industrial a base de un proceso de sustitución de importaciones y de un sistema demográfico caracterizado por una expansión acelerada de las concentraciones urbanas y de la población en general.

De acuerdo con la ideología oficial, la Revolución mexicana —a pesar de haber contado entre sus cuadros dirigentes con una alta

Población, a partir de 12 años, económicamente activa en 1969, por posición en el trabajo

Posición en el trabajo	Porcentaje	Población económicamente activa	Hombres	Mujeres
Patrón, empresario o empleador	100,00	12.994.392	10.521.887	2.472.505
Obrero o empleado	6,14	798.377	630.999	167.378
Jornalero o peón de campo	41,56	5.401.710	3.900.052	1.501.658
Ejidatario	20,53	2.667.084	2.523.327	143.757
Trabaja por su cuenta	6,31	819.504	787.840	31.664
Ayuda a la familia sin retribución	18,92	2.458.474	2.007.564	450.910
	6,54	849.243	672.105	177.138

Población, a partir de 12 años, económicamente activa en 1969, por ocupación principal

Ocupación principal	Porcentaje	Población económicamente activa	Hombres	Mujeres
Profesionales y técnicos	100,00	12.994.392	10.521.887	2.472.505
Funcionarios superiores y personal directivo público y privado	5,65	734.674	486.376	248.298
Personal administrativo	2,46	320.110	267.996	52.114
Trabajadores en servicios diversos y conductores de vehículos	7,52	977.771	579.819	397.952
Trabajadores en labores agropecuarias	12,02	1.562.213	877.023	685.190
Trabajadores en labores no agrícolas	38,33	4.979.226	4.750.229	228.997
Insuficientemente especificados	21,35	2.773.608	2.419.030	354.578
	5,22	678.257	442.420	235.837

Fuente: Censos de 1970.

proporción de elementos de clase media— fue un movimiento destinado a construir un nuevo sistema social que favoreciera principalmente a las clases populares, es decir, a campesinos y obreros. Este sistema debía disminuir la brutal distancia, propia del antiguo régimen, entre una pequeña élite, que recibía una parte desproporcionada del producto social, y la gran masa, que apenas tenía el mínimo para sobrevivir. En qué medida este proyecto nacional se llevó a la práctica a partir de 1940, es un tema de apasionado debate. Una forma de respuesta la constituye un examen en la distribución del ingreso personal. De acuerdo con las cifras proporcionadas por ciertos investigadores y por el Banco de México se tiene el siguiente panorama.

La industrialización de México ha sido el elemento más importante en la transformación del país. En ello, el petróleo, como energético y como industria, desempeña un papel primordial (página anterior, llenado de un petrolero).

**Ingreso medio mensual familiar por deciles y tasa media de crecimiento anual, 1950, 1958, 1963 y 1969**

(A precios de 1958)

Deciles	Ingreso medio familiar				Incremento anual			
	1950	1958	1963	1969	1950-58	1958-63	1963-69	1950-69
I	258	297	315	367	1.8	1.2	2.6	1.9
II	325	375	356	367	1.8	-1.0	0.4	0.5
III	363	441	518	550	2.4	3.2	1.0	2.1
IV	421	516	598	641	2.5	3.0	1.2	2.2
V	460	608	738	825	3.6	3.9	2.6	3.1
VI	526	789	834	917	5.2	1.1	1.6	3.0
VII	669	842	1.056	1.283	2.9	4.6	3.3	3.5
VIII	823	1.147	1.592	1.650	4.2	6.7	0.6	3.7
IX	1.033	1.820	2.049	2.384	7.3	2.4	2.6	4.5
X	4.687	6.605	8.025	9.352	4.3	3.9	2.6	3.7
5 %	1.693	2.866	3.724	5.501	6.8	5.4	6.7	6.4
5 %	7.679	10.339	12.324	13.203	3.8	3.6	1.0	2.9
Total	975	1.339	1.608	1.834	4.2	3.8	2.2	3.5
GDP					6.3	5.1	7.6	6.3

Fuente: Wouter van Ginnekin, citado por: Hewitt de Alcántara, Cynthia, "Ensayo sobre la satisfacción de necesidades básicas del pueblo mexicano entre 1940 y 1970" *Cuadernos del CÉS*, N.º 21, 1977, p. 30

**Distribución del ingreso familiar**

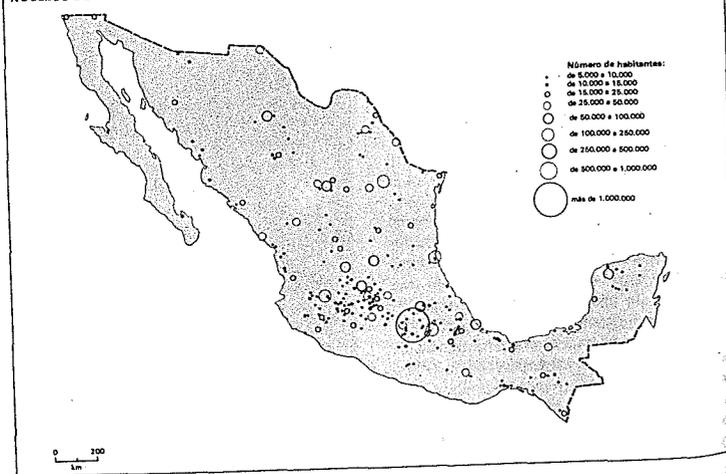
Porcentaje de familias en orden decreciente de ingresos	Porcentaje de ingresos			
	1950	1956-1963	1963-1969*	1957-1964
20 % (estrato superior)	60	61	59	64
30 % (estrato medio)	21	23	26	21
50 % (estrato inferior)	19	16	15	15
100	100	100	100	100

Fuente: CARLOS TELLO: "Un intento de análisis de la distribución personal del ingreso", en MIGUEL S. WIDONCZEK et al.: *Disyuntivas sociales. Presente y futuro de la sociedad mexicana*, vol. II, pág. 17; Secretaría de Educación Pública, México, 1971.

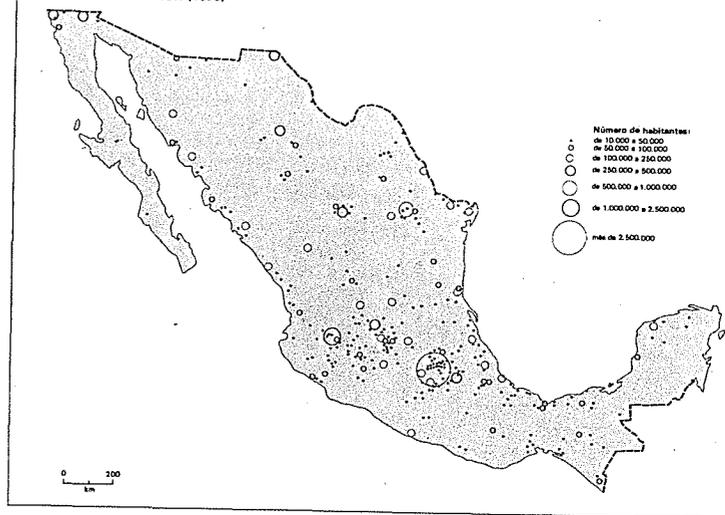
\*Las cifras de 1969 han sido tomadas de MANUEL GOLLÁS y ADALBERTO GARCÍA R.: "El crecimiento económico reciente de México" (Mimeo), ponencia presentada al *IV Congreso Internacional de Estudios sobre México*, Santa Mónica, Cal., octubre 17, de 1973, pág. 50.

El cuadro anterior, pese a lo incierto en el origen de sus cifras, pone de relieve algunas de las características centrales de la estructura social del México contemporáneo. Por una parte, la concentración del ingreso en los estratos altos es notable; alrededor del 60 % del ingreso familiar quedó en poder del 20 % de la población con mayores recursos. El sector medio—ese grupo cuya importancia cuantitativa era mínima antes de la

**NÚCLEOS DE POBLACIÓN (1940)**



**NÚCLEOS DE POBLACIÓN (1970)**



Revolución—siguió creciendo y aumentando su participación hasta principios de los años sesenta; aparentemente este aumento se hizo casi todo a costa de la disminución en la participación del ingreso de la mitad de la población que se encontró en la parte inferior de la pirámide social.

Tiempo después la tendencia se invirtió y a fines de la década de los sesenta la ganancia relativa del sector medio parecía haber desaparecido en favor de aquellos grupos que ocupaban la cúspide de la pirámide social.

La mitad menos favorecida de la población disponía en 1950 del 19 % del ingreso, pero diecinueve años después sólo contó con el 15 % y el grupo medio volvía al punto de partida, 21 %.

Conviene recordar que estas cifras son relativas; por lo tanto la pérdida en la participación de los sectores populares no indica necesariamente que se encontraran viviendo en circunstancias más difíciles que en el pasado; después de todo, el PNB había aumentado a un ritmo mayor que el del crecimiento de la población con lo que el nivel general de vida subió. Lo que indican los porcentajes es que el 50 % menos favorecido de la población vio mejorar su nivel de vida a un ritmo mucho más lento que los grupos con in-

gresos más altos. Tomando el ingreso medio familiar mensual a nivel de los precios de 1958, se tiene que esa mitad menos favorecida de las familias recibían en 1950 460 pesos, o menos, y que en 1969 la suma era de 825 pesos, es decir, sus ingresos habían aumentado un 47,6 % en dos décadas. Ahora bien, los ingresos de las familias que ocuparon el 20 % más alto se incrementó en un 115 %, o sea, a un ritmo dos veces y media más acelerado.

**La sociedad dual**

En la medida que lo permiten las inciertas cifras globales es conveniente ahondar en las particularidades del proceso de concentración del ingreso y de la polarización de la estructura social mexicana. Como en el caso de otros países latinoamericanos, en México se observa la existencia y crecimiento de una sociedad de consumo moderna, similar a las existentes en los países industrializados de Occidente; a diferencia de éstos, el sector moderno se halla rodeado por una sociedad, de magnitud igual o quizá mayor, que se ha mantenido al margen, y esto es justamente lo que ha permitido la formación del área moderna. La diferencia de formas de vida entre ambas es tan grande que algunos autores han llegado



La nación moderna se ha visto concentrada en las grandes ciudades como México, Monterrey, Guadalajara y otras. Aquí arriba, perspectiva de Guadalajara.

a pensar que para ciertos análisis se debe partir de la existencia de dos naciones dentro de los confines geográficos de México.

Los miembros de la nación moderna se concentraron en las grandes ciudades —el Distrito Federal, Monterrey, Guadalajara, Puebla—. Pertenecían a ella básicamente los obreros especializados y empleados cualificados del sector terciario, los sectores medios de la burocracia y de la administración en general, los profesionistas y pequeños empresarios y quienes explotaban la agricultura moderna.

Coronando esta pirámide se encontraban las familias que formaban la llamada clase alta, es decir, los dueños de la mediana y gran industria, de las empresas bancarias y comerciales, además de los altos funcionarios públicos y privados. El estilo de vida de todos

estos sectores estuvo profundamente ligado —pese a toda la política de nacionalismo cultural originada con la Revolución— al *american way of life*. Las publicaciones norteamericanas —traducidas o en inglés— circularon profusamente entre ellos; la televisión y el cine, junto con la cercanía de los Estados Unidos, adonde anualmente iban centenares de miles de sus componentes a divertirse y adquirir bienes de consumo suntuario, afirmaron aún más este patrón e ideal de vida. El origen relativamente reciente de los sectores altos —la Revolución destruyó lo que pretendió ser el principio de una aristocracia nativa— les dejó poco protegidos ante la ofensiva cultural norteamericana. Fueron precisamente estos sectores los que impusieron la forma de vida que seguiría la nación moderna, que se convirtió en una sociedad dependiente de

las modalidades económicas y culturales del exterior.

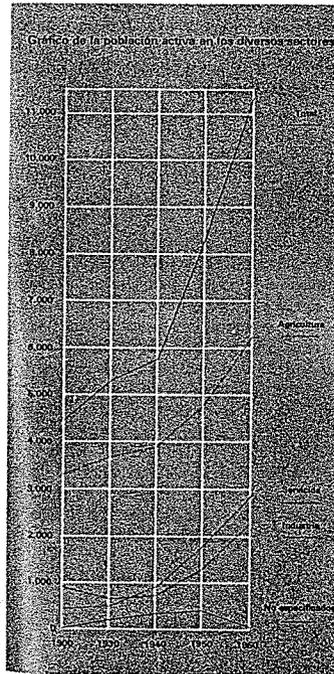
Los grupos marginados tuvieron cierta conciencia de la modernidad y de sus valores, principalmente a través de los medios de difusión masivos —cine, televisión, prensa—, pero hicieron un uso mínimo de tales valores e instituciones. Cuanto más alejados se hallaban de los centros urbanos menos influidos fueron por los cambios culturales y la forma de vida propia de la sociedad de consumo. El caso extremo se registró entre los grupos indígenas, habitantes de regiones poco comunicadas en los estados menos desarrollados, cuyo problema de relación con el México moderno partió del idioma mismo, ya que muchos seguían sin dominar el español.

Aunque separados culturalmente y disfrutando de niveles de vida muy diferentes, la dinámica de los dos sectores, el desarrollado y el marginado, tenía puntos de contacto. Entre otros, cabe citar que el sector moderno tuvo siempre a su disposición una vasta masa

Población económicamente activa

Estados	Cifras absolutas, en millares				Porcentaje			
	Total activo	Agricultura	Industria	Servicios	Total activo	Agricultura	Industria	Servicios
República	8.272	4.824	1.319	2.129	32,1	58,3	15,9	25,8
B. California	76	35	12	29	33,4	45,6	18,8	38,6
Coahuila	223	110	46	67	31,0	49,2	20,6	30,2
Chiapas	285	224	22	39	31,4	78,6	7,7	13,7
Chihuahua	258	142	46	70	30,5	55,0	17,8	27,2
Durango	193	137	22	34	30,7	70,9	11,4	17,7
Guajuato	416	279	66	71	31,3	67,1	15,9	17,0
Guerrero	288	232	23	33	31,3	80,7	8,0	11,3
Hidalgo	270	193	32	45	31,8	71,4	11,8	16,8
Jalisco	552	325	91	136	31,6	58,8	16,5	24,7
México	431	317	47	67	31,0	73,6	10,9	15,5
Michoacán	435	320	45	70	30,6	67,0	10,3	22,7
D. Federal	1.097	51	363	683	36,0	4,6	33,0	62,4
Nayarit	93	65	9	19	32,2	69,9	9,7	20,4
N. León	238	98	56	84	32,2	41,0	23,5	35,5
Oaxaca	459	358	52	49	32,3	78,0	11,3	10,7
Puebla	541	363	78	100	33,2	67,1	14,4	18,5
S. L. Potosí	270	186	34	50	31,5	69,0	12,6	18,4
Sinaloa	195	132	20	43	30,6	67,6	10,3	22,1
Sonora	163	89	26	48	32,0	54,4	15,9	29,7
Tabasco	105	80	8	17	29,0	75,9	7,6	16,5
Tamaulipas	233	123	35	75	32,4	52,6	15,0	32,4
Veracruz	650	435	78	137	31,9	66,9	12,0	21,1
Yucatán	167	100	26	41	32,4	59,9	15,6	24,5
Zacatecas	199	157	18	24	30,0	78,8	9,0	12,2

Fuentes: Dirección General de Estadísticas y Peña, *El pueblo y su tierra*.



de mano de obra no calificada que pudo emplear, cuando lo requirió, con un nivel mínimo de remuneración. Esta dicotomía de la sociedad mexicana posrevolucionaria —que constituyó una de sus características más notables— se puede explicar por la naturaleza del modelo de desarrollo económico elegido por los líderes del país a partir de la segunda Guerra Mundial. La construcción de una infraestructura industrial, basada en los patrones propios de los países desarrollados, en un medio en que la distribución de los factores de la producción —capital y trabajo— era enteramente diferente, llevó al cabo del tiempo a la configuración de una brutal dualidad social, que resultó refractaria a los débiles esfuerzos reformistas del Estado por superarla.

### Sociedad urbana y marginalidad

Cualquier observador, aun el más superficial, de los grandes centros urbanos de México en la época —en especial de su capital—

pudo notar la existencia de una gran masa de la población que vivía en tugurios y que se encontraba desempleada o desempeñando actividades de muy baja productividad. Esta masa coexistía con grupos cuyo nivel de vida era tan o más elevado que el disfrutado por las clases altas de ciertos países desarrollados de Occidente.

El desempleo fue un fenómeno que adquirió grandes proporciones en las ciudades mexicanas. Se debió a que el tipo de industrialización adoptado requería el empleo intensivo de capital y poca mano de obra, especialmente en las industrias más modernas, tales como la siderurgia, la química, la industria automotriz, etc. De ello resultó una paradoja: para este tipo de actividad, a pesar de desarrollarse en medio del desempleo, no existió un mer-

Meses trabajados en 1969 por la población, a partir de 12 años, económicamente activa

	Porcentaje	Población económicamente activa
Hasta tres meses	4,48	581.556
De cuatro a seis meses	8,06	1.047.586
De siete a nueve meses	6,46	839.709
De diez a doce meses	81,00	10.525.541

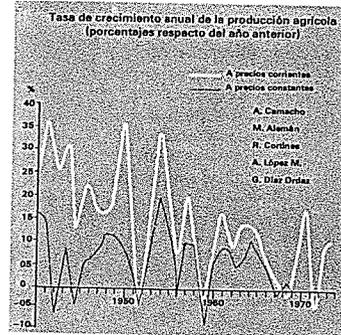
cado de mano de obra abundante. La explicación se encuentra en que el nivel técnico que requirió este sector era muy alto y sólo estaba al alcance de un sector limitado de la población obrera, lo que a su vez reflejó un fallo del sistema educativo, que no pudo preparar mano de obra especializada. El promedio de escolaridad de los obreros industriales, en su conjunto, era de tres o cuatro años aproximadamente.

Así pues, mientras el producto industrial en México creció en promedio a una tasa del 8 % anual a partir de 1950, la creación de empleo de este sector fue sólo del 4 %. El fenómeno se acentuó con el tiempo y la capacidad generadora de empleo en la industria siempre quedó por debajo de las necesidades generales. En 1970 se calculó que la creación de un nuevo empleo en el ramo industrial, requería una inversión de capital de 250.000 pesos. En la agricultura, en cambio, el costo era únicamente de 35.000 a 50.000 pesos. A pesar de todo, los mayores esfuerzos se dirigieron sistemáticamente a la industria y no

a la agricultura, precisamente porque el modelo de desarrollo así lo requería.

El sector industrial motivó desigualdades que en cierta medida reforzaron las que ya se habían manifestado en la sociedad en su conjunto. En 1965 existían en México alrededor de 136.000 establecimientos industriales, pero la desproporción de los recursos entre ellos era notable; dentro del conjunto las 407 empresas mayores controlaban el 46 % del capital invertido en esa rama y contribuían con casi la mitad de su producción. Fueron estas empresas las que dieron empleo a lo que se dio en llamar la aristocracia obrera, es decir, a aquellos trabajadores altamente cualificados y bien remunerados. Si se consideran como empresas modernas no sólo a las 407 mayores, sino también a todas aquellas que daban ocupación en sus plantas a 50 obreros o más, se tiene que de los dos millones de personas empleadas en el sector industrial en 1965 únicamente 854.000 estaban en este tipo de empresas; el resto estaba en gran parte marginada. En general, los trabajadores del sector moderno estaban sindicalizados y gozaban de la protección de las instituciones políticas y de beneficio social. se trató de una élite, cuya relativa alta productividad le permitía ser parte integrante del México desarrollado.

En una sociedad con las características de la mexicana la educación formal constituyó uno de los principales puntos de movilidad social. Independientemente de su valor intrínseco, la adquisición de un diploma —a nivel elemental, medio o superior— incrementó las posibilidades de ascenso individual. El que las oportunidades educativas, a partir de 1940, crecieran a un ritmo relativamente más rápido que el incremento de la población explica el aumento notable de los sectores medios en México. En 1940 más del 12 % del presupuesto federal se destinó a gastos educativos, el porcentaje disminuyó un tanto en la década siguiente, pero volvió a recuperar el nivel inicial y aún a sobrepasarlo, fijándose en un 14 % al finalizar el citado período. Entre 1940 y 1970 la población del país aumentó en un 256 %, mientras que el número de alumnos inscritos en las escuelas primarias lo hizo en un 448 %. La educación superior tuvo un incremento aún más rápido, pues si bien en 1940 la Universidad Nacional Autónoma de México —el centro más importante de enseñanza superior— contaba con 17.000 alumnos, en 1968 llegaba a 93.000, es decir, la matrícula experimentó un ascenso del 547 %. El



Instituto Politécnico Nacional, el otro foco importante de enseñanza media y superior, tuvo un crecimiento similar. Los profesionistas, como grupo, se consolidaron.

Las desigualdades sociales se vieron un tanto atenuadas por la acción del sistema educativo entre 1940 y 1970. Los alumnos encuadrados en el sistema de enseñanza superior procedentes de hogares campesinos continuaron siendo una minoría, pero en 1968 la mayoría de los estudiantes (69 %) procedían de familias en las cuales el padre no había cursado estudios secundarios, de preparatoria o profesional. Estas cifras indican que la educación superior —el canal de movilidad más importante en todo el sistema educativo— sirvió preferentemente a las necesidades de ascenso del estrato medio bajo, aunque dejó casi intacta la situación de los grupos situados en el extremo inferior de la pirámide social.

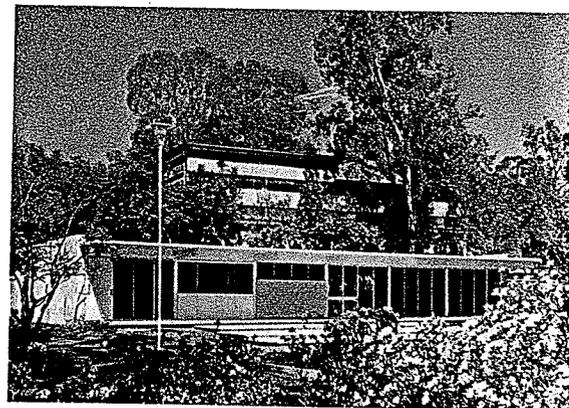
## La sociedad rural

La marginalidad existente en las zonas urbanas tuvo su origen en el campo. A principios de la década de los años setenta el desempleo total se estimó en casi seis millones de personas, o sea, el 45 % de la fuerza de trabajo. De este total se calcula que alrededor del 60 % se encontraba en el sector agropecuario. Esta notoria disparidad tuvo como consecuencia el que una gran corriente de emigrantes del campo invadiera la ciudad, en donde, a pesar de lo mal retribuido de sus ocupaciones, lograrían un ligero aumento en su nivel de vida. Se ha calculado que entre 1960 y 1970 el campo expulsó a 900.000 cam-

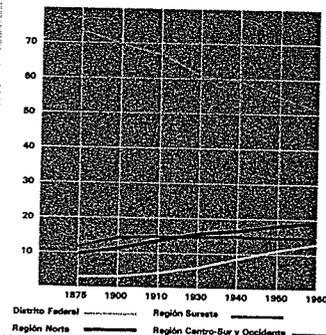
pesinos, que al no poder ser absorbidos por ninguna actividad productiva rural, tuvieron que subemplearse en las zonas urbanas.

El subempleo y desempleo rural tuvieron varias causas. La agricultura, a pesar de constituir la fuente principal de divisas para la industrialización mexicana y de dar empleo a casi el 50 % de la población económicamente activa, sólo contribuyó en poco más del 11 % a la formación del producto nacional bruto. Esto se debió a que una gran parte de las personas dedicadas a actividades agropecuarias vivía dentro de una economía de subsistencia.

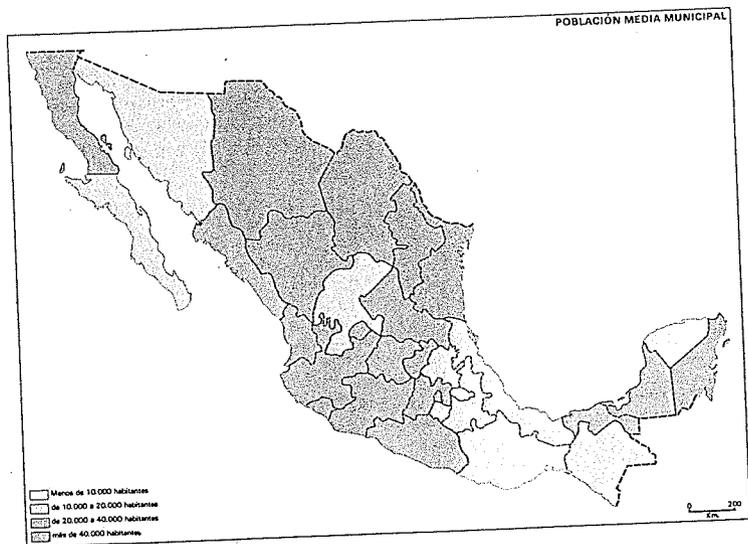
Fue el sector moderno de la agricultura mexicana el responsable principal del aumen-



Distribución geográfica de la población por zonas, en porcentajes del total nacional



La política educativa es un buen indicador que muestra la desigualdad regional. Mientras que la enseñanza primaria se satisfacía en un 72 % en las zonas urbanas, se hacía sólo en un 58 % en las rurales, además de que la educación media y superior fue casi inexistente en las zonas rurales. Aquí arriba, como muestra excepcional, Escuela Tecnológica en Oaxaca.



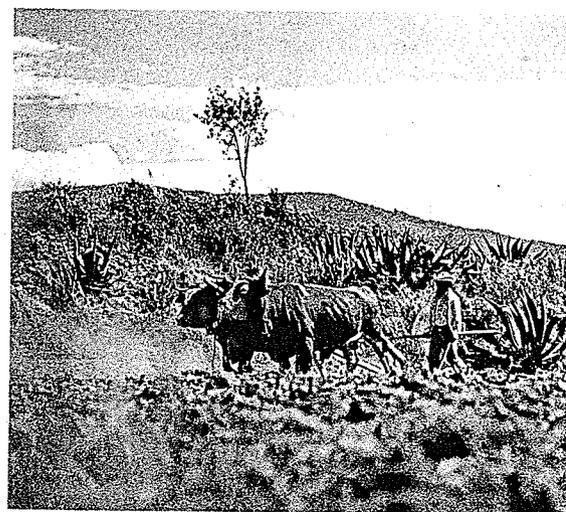
to de la producción, ya que fue también el más favorecido por la irrigación y por el crédito; además, pudo emplear maquinaria y hacer amplio uso de los fertilizantes. En general los predios dedicados a este tipo de agricultura fueron relativamente grandes—ejidales o de propiedad privada—. A pesar de la reforma agraria y de la desaparición de la gran hacienda, en las tres décadas posteriores a 1940 se produjo un proceso de concentración de la propiedad de la tierra productiva; este hecho fue más claro en el caso de la propiedad privada que en el de la ejidal. En 1960, 24.000 predios privados disponían de más de cien millones de ha; de éstos, 3.800 controlaban 71 millones; en el otro extremo, 900.000 predios de pequeños propietarios disponían de apenas 1,8 millones de ha. Es decir, el 1 % de los propietarios disponían del 74 % de la superficie no ejidal cultivada, la cual, a su vez, representaba alrededor del 60 % de la superficie total en explotación.

La disparidad en la tenencia de la tierra se reflejó en la producción. En 1960 había 12.000 predios que tenían una producción anual con un valor de 100.000 pesos o más. Dichos predios representaban apenas el 0,5 % del total de predios, pero llegaron a contribuir con el 25 % de la producción agrícola total. En el otro extremo de la escala se en-

contraban los predios que en 1960 sólo alcanzaron a producir 750 pesos anuales o menos. Nada más y nada menos que 1.240.000 predios contribuyeron con el 4 % del producto agrícola.

Evidentemente los propietarios de estas parcelas no pudieron subsistir con el solo producto de sus tierras, por lo tanto es de suponer que parte de su tiempo activo lo dedicaron a alquilar su trabajo, como jornaleros, en las empresas agrícolas de mayor capacidad. Junto a estos minifundistas, que se vieron obligados a trabajar en propiedades ajenas, se encontró un sector aún más desfavorecido: el de los jornaleros sin tierra. Según ciertos cálculos, en 1970 este sector estuvo compuesto por tres millones de campesinos. Diez años antes, en 1960, estos jornaleros trabajaban en promedio únicamente cien días al año y el resto permanecían desocupados. Así pues, al final de los años sesenta la agricultura tenía un excedente de mano de obra superior a los dos millones de personas.

La situación anterior se reflejó claramente en los niveles de vida. En 1960 únicamente el 8 % de las familias campesinas disponían de ingresos superiores a los mil pesos mensuales, mientras que en los centros urbanos la proporción fue de 35 %, es decir, el triple. El mismo fenómeno se observa al con-



En la agricultura mexicana conviven, como lo muestran las fotos, las técnicas modernas junto a las tradicionales.

siderar que del total de 3,6 millones de familias clasificadas como rurales, en 1969, el 58 % tenía un ingreso mensual medio de 750 pesos o menos. Según las estadísticas cada familia estaba formada por 5,8 personas, luego el ingreso per cápita de más de la mitad de la población rural fue de 130 dólares anuales, bastante bajo en comparación con el promedio nacional que fue de alrededor de 700 dólares. La acción misma del Estado contribuyó a mantener esta desigualdad entre campo y ciudad, pues la mayoría de la población beneficiada por los procesos de modernización, a través de los servicios públicos e instituciones de seguridad social, se encontró en las áreas urbanas.

## Desarrollo y regionalismo

La diferenciación en la estructura social presenta, además de las manifestaciones anotadas anteriormente, como son la distribución muy desigual del ingreso personal y la subordinación del campo a la ciudad, otra característica muy notable: el regionalismo. Los procesos y beneficios de la modernización en el México contemporáneo no se dieron por igual dentro del ámbito nacional; hubo focos dinámicos, claramente identificables, mientras otras regiones quedaban rezagadas.

El valle de México fue el centro de la nación moderna. En este lugar se centralizaron los poderes políticos y económicos, al lado del complejo industrial y el mercado más grande de la nación. En esta área se invirtió el 50 % del capital del país. Si a la zona metropolitana se agregan siete de los estados más desarrollados del norte del país, particularmente Nuevo León, se tiene una región con la concentración del 30 % de la población total del país, que contribuye en el 75 % de la producción industrial. La agricultura presentó el mismo panorama; el polo de desarrollo agrícola más importante se encontró en el norte del país—Sonora, Sinaloa, La Laguna, el valle de Mexicali—, donde se habían formado importantes zonas de riego y en donde ejidatarios y propietarios privados contaron con las extensiones de tierra y las facilidades financieras adecuadas para producir la mayor parte de los productos de exportación agropecuarios y abastecer las necesidades en alimentos de las zonas urbanas. Frente a este polo desarrollado del norte se formó otro, de pobreza, en el sur, particularmente en la zona que comprendía Chiapas, Oaxaca, Guerrero y parte de Michoacán.

Examinando la estructura del ingreso per cápita de los estados más desarrollados frente a los más atrasados, se obtiene que el de los primeros fue cuatro veces mayor que el

de los segundos. La desigualdad regional también se ve al examinar los servicios del Estado. La política educativa es un buen indicador. Mientras la enseñanza primaria se satisfacía en un 72 % en las zonas urbanas, se hacía sólo con un 58 % en las rurales. Lo que es aún más grave, si en las ciudades el 54 % de los niños, que ingresaron en el sistema de educación primaria, concluyeron sus estudios, en el campo lo hizo únicamente el 10 %. La educación media y superior fue casi inexistente para aquellos alumnos que habitaban en las zonas rurales.

Las regiones menos desarrolladas presentaron a la vez una gran disparidad interna en lo referente a la distribución del ingreso y nivel de vida en general. Los datos no son definitivos, pero puede adelantarse una hipótesis que correlacione la mayor desigualdad social relativa con el menor desarrollo regional.

Esto se debió a que la productividad de la mayor parte de la población económicamente activa en esas regiones atrasadas fue muy baja. Así, por ejemplo, por cada peso

producido por el 10 % de la población económicamente activa de Oaxaca con la productividad más alta, el 70 % con la productividad más baja apenas produjo 28 centavos. El primer grupo correspondió a la población que se encontraba empleada en la escasa industria del Estado, mientras que el segundo lo constituía el dedicado a las actividades agropecuarias, que en gran parte tuvieron un carácter de subsistencia. Los obreros de Oaxaca, a pesar de su posición privilegiada en relación a su ámbito local, resultaron ser de los menos favorecidos al compararse con aquellos operarios empleados en las zonas industriales del valle de México o Monterrey, donde estaban localizadas las empresas más modernas y en donde los trabajadores disfrutaban de una productividad más alta.

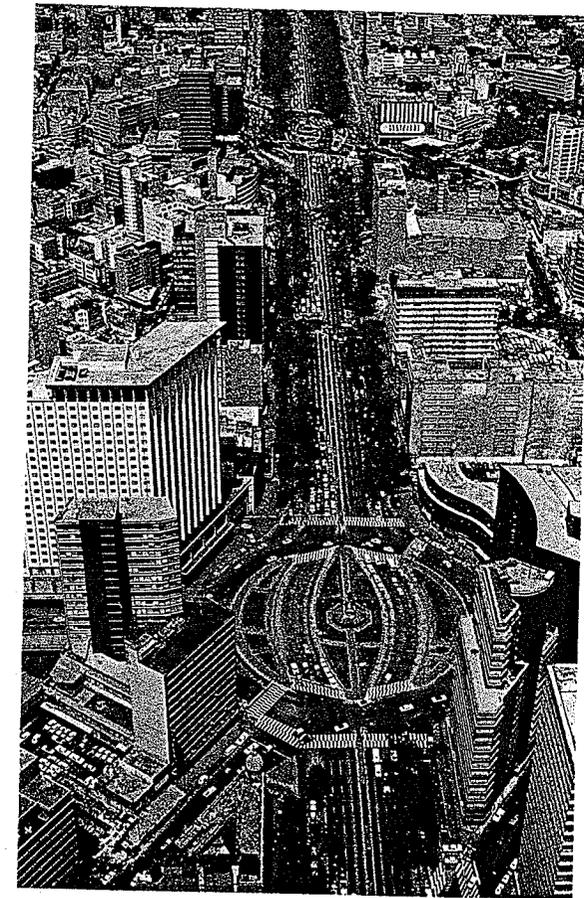
### Consideraciones finales

La estructura social del México contemporáneo contrasta notablemente con la existente a principios de siglo. La deformación

del cuerpo social, a que entonces hizo referencia Andrés Molina Enríquez, con la existencia de una pequeña élite que controlaba las principales fuentes de riqueza, poder y prestigio, frente a una enorme masa, en su mayoría campesina, que sólo disponía de su fuerza de trabajo con muy baja productividad, fue desapareciendo ante el crecimiento acelerado de los sectores medios. La urbanización y el proceso de industrialización, a base de la sustitución de importaciones, aunado a la flexibilidad de las instituciones políticas posrevolucionarias, fueron los factores responsables de este desarrollo de la llamada clase media. El sector obrero y los trabajadores de cuello blanco constituyeron en los años treinta una clase social relativamente pequeña; a partir de 1940 surgieron como una clase social a tener en cuenta, la cual se situó entre los trabajadores del campo y grupos medios profesionales y las clases altas. A diferencia del pasado, todos estos sectores tuvieron la oportunidad de organizarse formalmente —al menos en principio— y de actuar en el campo político, a fin de defender mejor sus intereses corporativos en el proceso de distribución de los beneficios de la actividad social.

En principio, la Revolución de 1910 —el acontecimiento histórico más importante del siglo XX mexicano— se comprometió a favorecer el ingreso de todos los sectores sociales en los procesos que darían forma a las decisiones que habrían de configurar la nueva estructura política y económica del país; también se comprometió a apoyar las demandas de los sectores mayoritarios —obreros, campesinos y clases medias— para impedir que se repitiera la existencia de una distribución poco equitativa de la riqueza. La realidad, sin embargo, no correspondió enteramente a los proyectos iniciales.

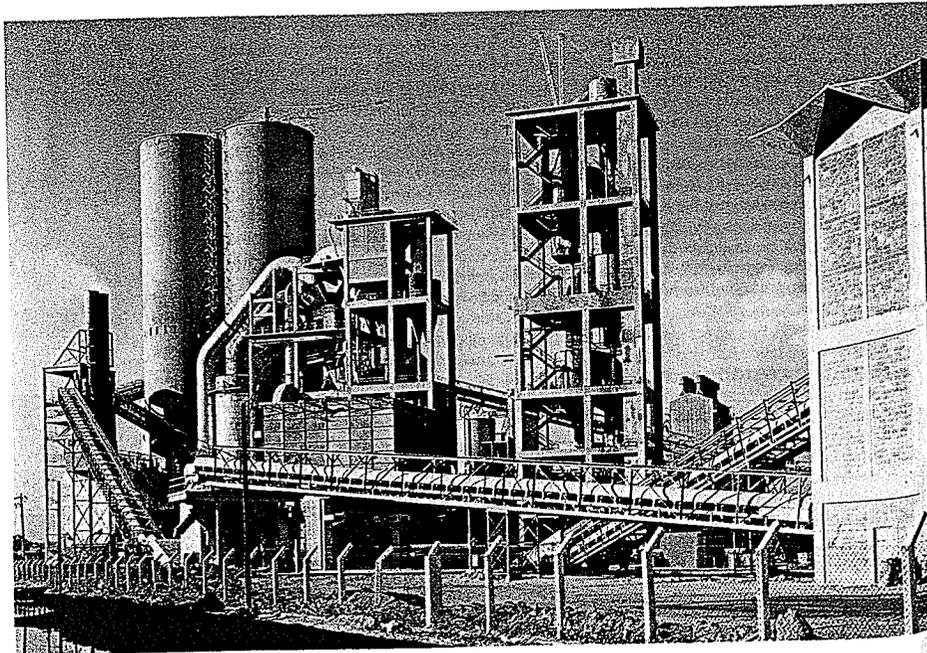
La polarización social volvió a presentarse, no como un fenómeno accidental, sino por causa de un orden estructural. Esta polarización se dio a varios niveles; por un lado, en la existencia de grupos marginados frente a otros que activamente participaron y se beneficiaron directamente de los procesos de modernización, y por el otro, en la estratificación dentro de cada uno de estos dos grandes sectores. Si bien al concluir la séptima década del siglo habían desaparecido las características de desequilibrio social a que habían hecho referencia los observadores de principios de siglo, México se enfrentó, en cambio, al problema de la dualidad social que

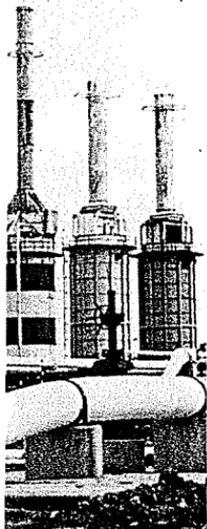


Arriba, una muestra de la industrialización y urbanización modernas de la Ciudad de México, que ostenta la parte moderna y avanzada de la nación.

los desarrollos políticos y económicos de las últimas décadas crearon, reflejándose en la configuración cada vez más clara de las dos naciones dentro del ámbito mexicano: una moderna, participante de las características de la sociedad de consumo, y otra, cuantitativamente tanto o más importante que la primera, que se quedó a la zaga, sosteniendo el proceso de modernización sin recibir apenas beneficios. La solución a esta dualidad constituía el reto más importante al que se enfrentaba el sistema social mexicano al cerrarse la séptima década del siglo.

Para algunos, México se enfrenta a la dualidad. Por un lado, un México moderno, participante de una sociedad de consumo, y, por el otro, una nación atrasada que va a la zaga en los beneficios económicos y sociales.





Las grandes reservas petrolíferas de México han contribuido a mantenerlo alejado del movimiento originado por la crisis de la energía.

## BIBLIOGRAFIA

- |                               |   |
|-------------------------------|---|
| Anderson, B., y Cockcroft, J. | <i>Control and Cooptation in Mexican Politics</i> , en Irving Louis Horowitz y otros (eds.), "Latin America Radicalism", Nueva York, 1969.  |
| Banco de México               | <i>La distribución del ingreso en México</i> , México, 1974.  |
| Benítez, F.                   | <i>Los indios de México</i> , México, 1968.   |
| Cline, H. F.                  | <i>The United States and Mexico</i> , Nueva York, 1963.   |
| Cordero, S.                   | <i>Concentración industrial y poder económico en México</i> , Cuadernos del C.E.S., núm. 18, 1977.  |
| Córdova, A.                   | <i>La formación del poder político en México</i> , México, 1972.  |
| Cosío Villegas, D.            | <i>El sistema político mexicano</i> , México, 1972.   |
| Eckstein, S.                  | <i>El ejido colectivo en México</i> , México, 1966.   |
| El Colegio de México          | <i>Dinámica de la población de México</i> , México, 1970.   |
| González Casanova, P.         | <i>La democracia en México</i> , México, 1969.  |
| González-Cosío, A.            | <i>Clases y estratos sociales, en México, cincuenta años de revolución</i> , tomo II, México, 1961.   |
| González Navarro, M.          | <i>Estadísticas sociales del porfiriato, 1887-1910</i> , México, 1956.  |
| Hewitt de Alcántara, C.       | <i>Ensayo sobre la satisfacción de necesidades básicas del pueblo mexicano entre 1940 y 1970</i> , Cuadernos del C.E.S., núm. 21, 1977.   |
| Ibarra, D., y otros           | <i>El perfil de México en 1980</i> , México, 1970.  |
| Iturriaga, J.E.               | <i>La estructura social y cultural de México</i> , México, 1951.  |
| Lewis, O.                     | <i>Antropología de la pobreza: cinco familias</i> , México, 1961.   |
| Meyer, L.                     | <i>Cambio político y dependencia. México en el siglo XX</i> , en <i>La política exterior de México: realidad y perspectiva</i> , México, 1972.  |
| Molina Enríquez, A.           | <i>Los grandes problemas nacionales</i> , México, 1909.   |
| Nacional Financiera           | <i>La economía mexicana en cifras</i> , México, 1965.   |
| Pérez Correa, F.              | <i>La universidad: contradicciones y perspectivas</i> , en "Foro Internacional", vol. XIV, núm. 3, enero-marzo 1974.  |
| Reyes, S., y Eckstein, S.     | <i>El desarrollo polarizado de la agricultura mexicana</i> , en Miguel S. Wionczek y otros, <i>¿Crecimiento o Desarrollo Económico?</i> , México, 1971.                                     |
| Reynolds, C.                  | <i>The Mexican Economy: Twentieth-Century Structure and Growth</i> , New Haven, 1970.   |
| Segovia, R.                   | <i>México en el año 2000</i> , en "Diálogos", vol. 8, núm. 6, noviembre-diciembre 1942.   |
| Stern, C., y Kahl, J.A.       | <i>Stratification Since the Revolution</i> , en Kahl, ed., <i>Comparative Perspectives on Stratification. Mexico, Great Britain, Japan</i> , Boston, 1968.                                  |
| Tello, C.                     | <i>Un intento de análisis de la distribución personal del ingreso</i> , en Miguel S. Wionczek (ed.), <i>Disyuntivas sociales. Presente y futuro de la sociedad mexicana</i> , México, 1970. |
| Wilkie, J.W.                  | <i>The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910</i> , Berkeley, 1967.   |